I ‒ ENCUENTROS

Recuerdo que era un lunes porque había mercado y yo siempre aprovechaba para ir a la Plaza de Abastos. Tampoco se puede borrar de mi memoria que aquel día mi vida ‒que hasta entonces había sido apacible en aquella villa provinciana de mediados del siglo veinte− tomó otro rumbo y que las cosas ya no volverían a ser como antes.

Durante la noche había soñado con mi abuela Rosa, algo inhabitual desde que se había muerto siendo yo todavía muy joven. Se encontraba en una estancia desprovista de muebles sin color ni luz, pero yo tenía la certidumbre de que no era la oscuridad de la noche, ni la luz del día tampoco. No sabría decir si era el exterior o el interior, era un lugar indeterminado, donde aparecía una puerta cerrada, imponente por su dimensión descomunal que desentonaba con la silueta frágil de mi abuela. Me miró mientras ponía las manos delante de la puerta como si la protegiera, como si quisiera impedir que yo pasara por ella y me extrañó. Al ir a hablarle feliz y contenta, desapareció sin una palabra. No había sido un sueño agradable, todo sucedió tan rápido que para mí significó más un ensueño pesaroso. Al levantarme aún me sentía invadida por aquella visión y tal vez fuera esa la razón por la que me encontraba algo apesadumbrada, casi angustiada. Para distraerme puse la radio y la voz de Antonio Machín inundó la estancia, traté de dejarme mecer por aquel bolero sensual, pero sin resultado, seguía pensando en aquella visión furtiva.

No sabía definir exactamente el qué, pero era como una insatisfacción que se mezclaba con un fuerte presentimiento y aunque quise desecharlo, seguía teniendo la impresión de que se avecinaba algo que me iba a trastornar. ¡Eres estúpida! –me dije– y traté de pensar en otra cosa, mientras me preparaba para salir. Cuando cerré la puerta, me encontré en el jardín, aún húmedo por el rocío de la noche, que despedía un aroma sumamente agradable. En otras circunstancias solía pararme un instante para abarcar con la mirada aquellas rosas, que cuidaba con tanto esmero y que estaban hermosas, y un poco más alejado, el tilo cargado de flores olorosas. En aquella época, aunque tuviera prisa, me detenía para aspirar profundamente como queriendo inundar mis pulmones de aire y llevar conmigo aquel ambiente perfumado para el resto del día, pero aquella mañana no me detuve y apenas si miré el jardín de soslayo. Una vez fuera, cerré distraídamente la verja y me dirigí al centro de Avilés. ¿Qué me estaba ocurriendo? −pensé para mis adentros.

A medida que me iba acercando al Carbayedo, me fui encontrando con mujeres conocidas que me saludaban con campechanería: “¿Ya vas para la plaza?... aprovecha, que hoy hace un día hermoso” … “Hola guapina ¡qué madrugadora!” … “¿Qué tal tu madre?, hace tiempo que no la veo” A todas les contestaba con una sonrisa de circunstancias, pero si veía que querían pararse, me disculpaba diciendo que tenía prisa. Aquella mañana no me sentía muy locuaz, ni con ganas de chismorreos inútiles.

Atravesé la plaza del Carbayedo, pasé delante de la iglesia de Jesusín y empecé a adentrarme por los centenarios arcos de Galiana donde se habían instalado los madreñeros, a resguardo del sol y de la lluvia, bajo los tradicionales soportales. Esa era otra de las cosas que, normalmente, me encantaba de los lunes. El pavimento empedrado quedaba cubierto por un ciento de madreñas. Sin darme cuenta –obedeciendo a un acto reflejo− aspiré profundamente el olor de madera que flotaba en el ambiente y dejé escapar un suspiro como si estuviera angustiada. Me impacienté. ¿Pero bueno que te pasa? –me pregunté de nuevo, con un ligero movimiento de cabeza‒. Tal vez fuera para serenarme, pero me detuve para probar un par de madreñas adornadas con una talla en la madera y la pintura negra para protegerla de las inclemencias del tiempo. Cuando pregunté por el precio, me parecieron un poco caras, pero ni siquiera regateé como hubiera hecho en otra ocasión: “Después de todo, con la llegada del buen tiempo ya no las necesito para trabajar la huerta, no corre prisa”, ‒fue la explicación que le di al artesano que continuó trabajando pacientemente, sin levantar la vista ni concederme mayor atención. Seguí caminando entre el bullicio de la gente que se agolpaba delante de las tiendas en la planta baja de las casas y los puestos ambulantes. De repente sentí que un soplo de aire frío me rozaba la nuca provocándome un estremecimiento. Estaba sorprendida, ya que el día había amanecido hermoso y sin nubes, por lo que casi había estado por salir sin la rebeca, pero finalmente me había dicho prudente que no había que fiarse del clima asturiano, aunque ya estuviéramos en el mes de mayo. Ahora pensaba que había tenido razón al cogerla y me dispuse a ponerme las mangas cuando al volver la cabeza vi a la señora Adela. Di un respingo de sorpresa.

‒¡Señora Adela!, ¿qué hace por aquí?

‒Quería verte y como sé que siempre vienes a la plaza, me dije que te encontraría aquí.

‒¿Cómo está?, la encuentro muy bien de aspecto.

No me respondió y guardó silencio unos breves instantes, pero ello no me extrañó porque siempre había hecho así y ya me tenía acostumbrada. Sin embargo, al fijarme un poco mejor me dije que no tenía la mirada de otras veces. Era una mirada quieta y lisa como no le había visto nunca. No sé por qué, pero me recordó a la de mi abuela Rosa en sueños. Negué ligeramente con la cabeza, como para desechar aquella idea.

Hacía mucho tiempo que no la había visto, ¿cuántos años? No sabía a ciencia cierta, pero no había cambiado nada, como si el tiempo no pasara por ella. En su juventud había sido una buena moza, pues aún se la veía alta –a pesar de la edad avanzada‒ y con cierto porte que desmentía la indumentaria humilde que llevaba. Tenía los ademanes armoniosos de una dama y siendo yo una niña, observaba con detenimiento todos sus gestos y movimientos, como aquel querer arreglar el pelo canoso y ralo, rematado en un insignificante moño que no ocultaba una prominencia en la nuca, una especie de quiste que ella tocaba con delicadeza, como si la molestara o como si quisiera asegurarse de que seguía estando allí inmutable, formando parte integrante de su persona.

Ahora estaba ante mí como si la hubiera visto la víspera y después del lapsus que no duró más que un breve segundo me miró fijamente y por fin me dijo: “Estoy muy bien, por fin he encontrado el lugar que busqué toda mi vida. Ahora soy feliz, pero he venido para hacerte una advertencia: “Sé fiel a tu memoria infantil, Iris, y no olvides nunca lo que siempre te dije desde que eras pequeña. No debes olvidarlo. Recuerda todo lo que oíste en tu niñez, todo lo que te aconsejé, ¿comprendes? ¡Tenlo presente!... Todo, absolutamente todo”.

Al ver que yo la miraba extrañada y que precisamente iba a contestarle que no comprendía nada de lo que me estaba diciendo, se me adelantó y añadió: “No te preocupes, algún día comprenderás. Sigue mi consejo, recuerda todo lo que te enseñé, ello te ayudará y te protegerá.

Ya estábamos a la altura de la hornacina de la Virgen del Carmen, los artesanos, con sus madreñas expuestas en el empedrado de los soportales, se habían quedado atrás. Vi llegar a una mujer cetrina, enjuta, mal encarada y vestida de negro como las aldeanas –desde el pañuelo que llevaba en la cabeza hasta las espesas medias negras‒ lo que me hizo pensar en un luto riguroso. En el momento de cruzarse conmigo me dio un empellón que me hizo tambalear.

‒¡Pero bueno!, ¿ha visto usted qué modales, señora Adela?

Me volví, esperando que me diera razón; porque ella siempre había derrochado consejos para que los niños que solíamos estar a su alrededor nos mostráramos bien educados. Pero vi con asombro que había desaparecido de manera tan inopinada como había aparecido y di un respingo. La busqué con la vista mientras me paraba y miraba en todas las direcciones, esperando entreverla entre el ir y venir de la gente. La señora Adela y la vieja mal encarada habían desaparecido como por encanto. Creo que el asombro me hizo hablar sola y en voz alta porque de repente sentí que era el centro de todas las miradas. Entonces moví la cabeza resignada y eché a andar de nuevo. Me dije para mis adentros: “Esta señora Adela no cambiará nunca”.

Seguí andando como una sonámbula hasta la plaza del Ayuntamiento y preferí descender la calle de La Fruta, tan típica y comercial. Siempre me había gustado ir mirando los escaparates para estar al día de la moda, de las novedades, de las rebajas… ni siquiera eso logró distraerme de aquella desazón que se había instalado en mi pecho desde que había abierto los ojos. Una vez en el Parque del Muelle, penetré en la plaza del Mercado por una de las cuatro entradas que tenía. Siempre había admirado a los arquitectos –los hermanos Orbón‒ que habían conseguido edificar sobre los terrenos de marismas, canalizando subterráneamente el río Tuluergo. Si yo hubiera sido arquitecto, como ellos un siglo atrás, no sé si hubiera pensado en construir las altas columnas de hierro –adornadas con rejería– para albergar unos soportales tan altos. Además ¡qué suerte para los vecinos que podían disfrutar, desde las galerías acristaladas que rodeaban aquella gran plaza rectangular, de la vista magnífica, siempre animada, incluso cuando no era día de mercado, puesto que gracias a los soportales también se transformaba en paseo cuando llovía y sobre todo en invierno cuando arreciaba el agua y el frío. Pensé con nostalgia que había paseado infinidad de veces con mis padres los domingos, cuando arreciaba el agua y ni las madreñas, ni los paraguas eran suficientes para protegernos de aquellas lluvias torrenciales. Cuando ya nos habíamos cansado de pasear, salíamos por la puerta del café Colón y papá nos invitaba a un chocolate con churros, en medio de un bullicio fenomenal y de unos camareros −pantalón y chaleco negros, camisa blanca con pajarita, y el largo delantal blanco anudado a la cintura− que iban y venía incansablemente entre mesa y mesa, pero siempre con la sonrisa y una palabra amable, mientras recogían las tazas y los platos sucios por el chocolate negro y espeso, para después limpiar la superficie de la mesa con un paño blanco. Papá los conocía bien y siempre bromeaba con alguno que me regalaba un caramelo antes de irnos. La evocación de aquellos momentos felices me hizo sonreír con nostalgia, algo que distaba mucho de mi carácter emprendedor.

Siempre me había gustado ir a la plaza del Mercado los lunes, aunque lloviera y ventara. La villa se poblaba de campesinos que venían de las aldeas circundantes y cobraba otro color. Era casi un ritual poder mezclarme entre el deambular de la gente, esquivar los empujones, ir mirando cada puesto donde las aldeanas y las zabarceras exponían los productos del campo y te llamaban cuando querían deshacerse, a última hora, de lo invendido antes de volver a casa. Era como un juego y me dejaba convencer fácilmente, después volvía cargada pero satisfecha por la compra efectuada y por los pocos reales que había ahorrado. Aquella mañana todo era diferente, traté de concentrarme en la compra, de dejarme llevar por la gran animación que reinaba, sin lograrlo porque entre mi sueño y el encuentro con la señora Adela, se me había estropeado el placer de disfrutar del mercado como otras veces, por lo que decidí irme a casa de mamá un poco antes.

Me adentré por la calle de Rivero y al pasar por delante de la capilla de San Pedro y de la fuente con los caños chorreando agua cristalina, recordé que allí enfrente había vivido la señora Adela, antes de que un apoderado desaprensivo y aprovechado se hiciera con la casa que había heredado de sus padres. Sentí un nudo en la garganta porque la señora Adela por su buen corazón, generoso y caritativo, había sido toda la vida víctima de muchas injusticias.

Como ella misma acababa de decirme, ahora se hallaba en un momento feliz, al abrigo de la mezquindad humana. Me dije que, gracias a Dios, las hermanitas del Asilo se ocupaban bien de ella y eso era a lo que la señora Adela aspiraba en la vejez, al quedarse prácticamente en la indigencia.

Todo el camino fui pensando en aquella anciana que había sido para mí como una verdadera abuela y que tanto me había acompañado en mi infancia. Si ella creía que yo iba a olvidar tantos momentos felices pasados a su lado, estaba muy equivocada y no me conocía bien. Decidí que cualquier día iría a hacerle una visita al asilo. Si no lo había hecho primero era por la pena de verla internada allí, pero ahora al pensar que se encontraba bien cuidada y que era feliz me aliviaba. ¡Si, iré a verla! –me dije como haciendo una promesa.

Mamá ya me estaba esperando con la comida lista; sabía que el lunes era día de visita y se esmeraba por recibirme bien, pero aquel mediodía algo vio en mi semblante que la inquietó.

‒¿Qué te pasa?, parece que vienes preocupada y es más temprano que de costumbre, papá aún no ha llegado.

‒Bueno, es que tuve un encuentro un poco raro. Si te lo digo no lo vas a creer, después de tantos años. Adivina a quién vi.

‒¡Qué sé yo!... si no me lo dices ¿cómo lo voy a adivinar …es de la familia?

‒No… pero casi. Cuando era pequeña siempre estaba metida aquí en casa.

‒Como no fuera Hortensia, que era una chupona…

‒No, no es ella, es otra con la que me he encontrado, y yo la quería como a mi abuela que en paz descanse.

‒Entonces podría ser la señora Adela, si no fuera porque la pobre ya no es de este mundo. Pensaba decírtelo cuando vinieras. Me dio la noticia Acacia, que fue a verla estos días atrás al asilo y ya se estaba muriendo. Como consecuencia de una gripe, le dio una neumonía y anteayer, sufrió un colapso al corazón.

No sé lo que siguió diciendo mi madre porque me dio un desmayo.